



Memorias
Resistentes

CRÉDITOS



Edición general y Coordinación:

Mariana Zegers

Edición y selección de antología:

Lila Calderón y Cecilia Calderón

Ilustraciones:

Constanza Silvestre, Catalina P. Panes, Jeniffer Ilustra y
Traisy Audrey

Diseño y diagramación:

Nai Álvarez (desde Numen Editorial) y Arturo Valderas

Escriben:

Nubia Becker Eguiluz, Aurora Posada De
Gregorio, Mónica Urrutia Fischer, Ana María Jiménez
Morales, María Alejandra Zurita, Tatyana Cumsille Vargas,
Kristel Farías Neira, Marisol Rodríguez Muñoz, Thannya
Rozas González, Marcia Scantleburry Elizalde, Lucrecia
Brito Vásquez y Verónica Pinto Cisterna



ISBN 978-956-404-796-6

Este proyecto nace de la adjudicación de los fondos concursables de proyectos territoriales con sello de Vinculación con el Medio del Instituto Profesional Arcos, contando con el apoyo del Sitio de Memoria Parque por la Paz Villa Grimaldi.





Memorias
Resistentes

Índice ...

- 8 Introducción
•
- 11 Canción de lluvia y memoria
Ana María Jiménez Morales
Ilustración - Constanza Silvestre
•
- 17 Testimonio de vida, resistencia y memoria
Marisol Rodríguez Muñoz
Ilustración - Constanza Silvestre
•
- 23 Carta a Salvador Allende
Aurora Posada De Gregorio
Ilustración - Catalina P. Panes
•
- 27 Carta al Hombre de las Tinieblas
Aurora Posada De Gregorio
Ilustración - Catalina P. Panes
•



- 31 Haikus de la Revuelta
Kristel Farías Neira
Ilustración - Constanza Silvestre
•
- 35 Error Parido
Kristel Farías Neira
Ilustración - Constanza Silvestre
•
- 39 Estado Abisal
Veronica Pinto Cisterna
Ilustración - Catalina P. Panes
•
- 43 Volver a los 17
Lucrecia Brito Vásquez
Ilustración - Traisy Audrey
•



- 49 Carta Póstuma
Mónica Urrutia Fischer
Ilustración - Jeniffer Ilustra
•
- 53 De en día para otro
Mónica Urrutia Fischer
Ilustración - Catalina P. Panes
•
- 57 Una foto del mundo que soñamos
Nubia Becker Eguiluz
Ilustración - Jeniffer Ilustra
•
- 63 Laboratorio capital
Tatyana Cumsille Vargas
Ilustración - Jeniffer Ilustra
•

67 Esperanza
Tatyana Cumsille Vargas
Ilustración - Jeniffer Ilustra
•

71 Mujer
María Alejandra Zurita
Ilustración - Traisy Audrey
•

75 La Clarita
Thannya Rozas González
Ilustración - Traisy Audrey
•

81 Dolores Invisibles
Marcia Scantlebury Elizalde
Ilustración - Traisy Audrey
•





INTRODUCCIÓN

De una herida abierta brotan memorias. Brotan historias; brotan poemas, testimonios, cartas y ficciones. Y la ficción, fundada en la experiencia vital, es solo un modo más complejo de abordar la realidad que estos escritos comunican.

Este libro reúne las escrituras de doce mujeres vinculadas al territorio de Peñalolén, a partir de lazos tan diversos como profundos. Son mujeres escritoras residentes del territorio y mujeres sobrevivientes de la dictadura civil-militar; mujeres sobrevivientes, siempre resistentes, que pasaron por el que fuera denominado por la DINA Cuartel Terranova, centro secreto de secuestro, tortura y exterminio; hoy sitio de memorias Villa Grimaldi, ubicado en esta comuna periférica y precordillerana. Sus historias de vida se cruzan con las realidades del territorio.

La invitación fue a compartir relatos en torno a sus memorias de lucha, resistencia y organización social; para la realización de un libro ilustrado. Las invitamos a escribir recuerdos, crónicas silenciadas en el pecho, poemas que se grabaron en sus pieles o prosas fragmentarias, libres como el viento. Páginas que abren ventanas.

El proceso de ilustración estuvo a cargo de cuatro estudiantes de la carrera de Ilustración del Instituto Arcos, quienes realizaron con dedicación y compromiso las ilustraciones. También son artistas y autoras en este libro, así como la encargada del diseño editorial, egresada del instituto.

Como suele suceder, de una idea nacen otras, y así esta obra ilustrada también se transformó en audio libro, gracias al aporte de Thannya Rozas, quien nos propuso

llevar la escritura a la oralidad, mediante la realización de audio relatos, los que serán compartidos mediante las redes de difusión de Villa Grimaldi.

Nuestro profundo agradecimiento y solidaridad a Aurora, Kristel, Marcia, Ana María, Marisol, Lucrecia, Vero, Tatyana, Mónica, Nubia, María Alejandra y Thannya, por compartir sus escrituras para esta publicación. Esperamos que sus escritos vuelen lejos, por su gran valor desde el punto de vista literario y para la promoción de una cultura que respete las memorias y los derechos humanos. Reconocemos el apoyo de Instituto Arcos y Villa Grimaldi en el desarrollo de este proyecto, y esperamos que constituya un aporte para los trabajos de memorias.

La memoria resguarda las imágenes de la resistencia y la resiliencia, de la fuerza y hermandades que nacen y crecen al calor de la organización comunitaria. De la lucha por un mundo justo y solidario.

Toda herida es una huella donde volvemos a llorar por nuestros sueños. Quisimos abrir un espacio para que la herida sangre; para que las memorias resistentes sean afluentes libres que lleguen al mar y continúen brindando vida. Porque *un pueblo sin memoria es un pueblo sin futuro*.

Equipo Memorias Resistentes

Memorias Resistentes 



Canción de lluvia y memoria

Ana María Jiménez Morales





Canción de lluvia y memoria

●

Mi madre me contó que cuando supo que estaba esperando un bebé, pensó enseguida que se trataba de una niña y empezó a soñar que le enseñaría a cantar. Continuó con sus tareas habituales, vendiendo verduras en su pequeño almacén de barrio, y cada mañana caminaba por la Costanera bajo la lluvia intensa de Puerto Montt hasta llegar a Angelmó, donde cargaba con las papas y otras hortalizas que vendía. Mi padre estaba navegando y esa era la tarea de mujer sola que le correspondía para poder mantener su boliche funcionando.

Pero ahora era diferente. Yo la acompañaba dentro del vientre y ella, con su hermosa voz me cantaba las canciones que iba inventando en el camino, mientras la lluvia chorreaba por su pelo rojo y empapaba su poncho negro, vestimenta habitual con la que se cubría. Con sus ojos de artista me mostraba la belleza del mar y me decía que el sonido de la lluvia, del aire que silbaba entre los árboles, también era música que nos iba acompañando cual una gran orquesta. Su innata sabiduría de mujer sureña le permitió así habilitar los sentidos que desde entonces y por toda la vida serían mis compañeros. Sin saberlo, me hacía el regalo más hermoso que pudiera imaginar: los sonidos, la música de la naturaleza y la que salía de su garganta.

● ● ●

-Siente el olor del mar, mi niña. Mira qué hermoso el cielo, las nubes de colores.- Y cantaba: *A la nanita nana nanita ea, nanita ea, mi niña tiene sueño, bendita sea.*

Veinte años más tarde, ya terminando mis estudios de Música en Santiago, cantaba con mis compañeros del Conservatorio las canciones de Violeta, y sentía que mi vocación me llevaría a enseñar a los jóvenes y niños. Pero en el país pasaban cosas cada día y yo quería estar al

● ● ●



lado de los que luchaban por cambiar la vida. El triunfo popular de Salvador Allende era insoportable para los dueños del poder y la riqueza, y antes de tres años de su gobierno se producía el golpe de Estado encabezado por Pinochet, que cambiaría la historia y la vida de nuestro país. Yo aún estaba en la Universidad, pero la mayor parte de mi tiempo la dedicaba al trabajo social y político. Me mantuve dos años en la clandestinidad y en 1975 fui detenida por la DINA y conducida a la Villa Grimaldi, el temido Cuartel Terranova. Todos los recuerdos de los treinta días que estuve allí están llenos de gritos, llantos, gemidos. **Dolor. Miedo. Muerte.** De fondo, los parlantes de los torturadores sonando sin cesar: *Gigi, el amoroso* o *Quiero tener un millón de amigos*, mientras aplicaban la piqueta eléctrica.

Pero hay dos momentos que me salvan: haber podido cantar a pleno grito en la fila del baño y bajo la lluvia *Zamba para no morir*, acompañando en su agonía al compañero Cedomil Lausic, que se desangraba en la torre. Y haber entonado bajito, en sordina, junto a las otras prisioneras de las celdas CORVI, la Internacional para saludar el triunfo de Vietnam que alguna pudo leer en un pedazo de diario en el baño.

Pasar a Tres Álamos fue una fiesta. Cuando ya pensabas que no ibas a vivir, se abrió ese portón del horror de Grimaldi para llegar al campamento de prisioneras políticas, lugar de encierro de más de 150 compañeras, que te abrazaban, te preguntaban si estabas bien o si habías visto a algún compañero desaparecido, en muchos casos sus parejas o sus padres. Y algunas que entonaban: *Palabras para Julia*, himno habitual para recibir a quienes llegaban o a las que partían. Compañeras lindas, solidarias, que te hacían volver a la vida.

Creo que allí volví a sentir lo que me quiso transmitir mi madre: cantar era una forma de resistir, de mostrar que seguíamos vivas y rebeldes. Y creamos el Taller de Música que en los tiempos más duros se transformó en el Coro de Tres Álamos, en el que participaban prácticamente todas las prisioneras. Fue la única actividad que se salvó de la represión carcelaria, y estar en el coro nos permitía salir al patio una hora cada tarde para poder ensayar y respirar un poco de aire y sol. Salimos en libertad en 1976 y el campamento se cerró.

En el 2013, se cumplían cuarenta años desde el golpe militar. La Villa Grimaldi, Parque por la Paz, era centro de muchos eventos políticos y culturales relacionados con la memoria. Y nos pidieron que el Coro de la prisión volviera a armarse y fuera parte de las actividades de conmemoración.

Hoy es el día, y el Coro de Ex Prisioneras está cantando aquí en la Villa. Está lloviendo afuera y las hojas caen mecidas por el viento.

-Siente la lluvia, mi niña, siente el viento. Su canto viene a acompañarlas. Mi voz también está contigo, ¿la escuchas?

*Vestimos túnicas negras y una simple pañoleta roja. Nuestras miradas están llenas de luz, somos testimonio vivo de lo sucedido en las cárceles. Nuestro mensaje es de vida, de esperanza. Y de denuncia. De "Nunca Más". De pronto, nos damos cuenta de que los cientos de personas que repletan la sala se han puesto de pie y están cantando con nosotras: **pero tú siempre acuérdate, de lo que un día yo escribí pensando en ti, pensando en ti, como ahora pienso.***

El Coro de las ExPP se fue transformando en un instrumento de presentación, una muestra de resistencia y resiliencia colectiva, no solo en la Villa Grimaldi, sino en muchos rincones de Chile. El amor y la música siempre nos salvan.



Memorias Resistentes 



Testimonio de vida,
resistencia y memoria

Marisol Jesús Rodríguez Muñoz



Cultura & Resistencia



Silvestre

Testimonio de vida, resistencia y memoria



Nací en una familia de obreros y obreras de la población. Somos tres hermanos. Mi padre, el Negro, sindicalista del cuero y calzado y zapatero, barredor de calles. Mi madre, Manola, trabajó en una fábrica de embotelladora, donde etiquetaba. Junto a mi tío Justo, mi mamá fue invitada a un Comité sin Casa o de Allegados que se estaba organizando en el contexto del Gobierno de la Unidad Popular; una toma que abarcó una amplia zona de lo que hoy se llama Peñalolén (que va desde Grecia, la Viña Cousiño Macul, Américo Vespucio y Tobalaba). Conquistada la toma, nuestra casa se ubicó en lo que posteriormente se conoció el 2° sector de Lo Hermida, muy cerca de la capilla Espíritu Santo.

La toma marcó nuestras vidas. Mi padre fue dirigente de la JAP. Con el golpe militar y las persecuciones, que encabezaba entre otros el guatón Romo, llevaron al Negro a esconderse, impidiéndole volver a trabajar en la fábrica, y después debió salir a Argentina, siendo acogido por dirigentes sindicales del mismo rubro.

La Manola se integra junto a otras pobladoras a la capilla Espíritu Santo, donde el cura establece una especie de contención ante el drama social y represivo, y se abre un espacio de organización para solidarizar con los perseguidos, los presos políticos, detenidos desaparecidos, creándose formas de ayuda laboral como las bolsas de cesantes, los comedores populares donde iban los niños a comer, la lavandería y la creación de lo que fue el Taller de Arpilleras.

En este contexto de dictadura y pobreza, los hijos e hijas de los pobladores, ya adolescentes, nos integramos a las capillas (no solo a la Espíritu Santo, sino también a la Cristo Rey y Cristo Redentor, que tenían su punto de





encuentro mayor en la Parroquia San Roque), formando bibliotecas populares, colonias urbanas, bajo el influjo de lo que se llamó la Teología de la Liberación. Los curas y monjas de estas capillas fueron los principales formadores de nuestra conciencia social antidictatorial, de izquierda y revolucionaria. La visión social, ética y política nació de allí, y me ha acompañado toda la vida.

Manola fue parte importante en mi vida como madre y ejemplo de lucha. Con ella aprendí a elaborar arpilleras. Manola colaboró en la formación de organizaciones sociales al alero de las capillas cristianas, pero su mayor esfuerzo fue junto a catorce compañeras aproximadamente, que crearon el Taller Arpilleras en 1975. El hambre las llevó a armar Arpilleras para sobrevivir, pero de este trabajo surgieron escenas con personajes coloridos que expresaban resistencia cultural. Una de las personas que apoyó esta iniciativa fue Verónica Salas, del Taller de Acción Cultural, TAC. Además, ella impulsó iniciativas como la lavandería y los Talleres de Alfabetización, entre otros.

Asimismo, la obra colectiva de teatro “Tres María y una Rosa”, se inspiró en el Taller de Arpilleras de Lo Hermita. En la obra, de autoría colectiva, sus protagonistas reales fueron parte de su creación.

Terminada la Dictadura militar, Manola siguió en el Taller de Arpilleras, pero se reinventó enseñando a gente que quería aprender esta artesanía. También propuso que el Taller de Arpilleras fuera parte de la campaña del Parque por la Paz en Villa Grimaldi. Manola falleció a los 63 años, dejando un profundo vacío en mi vida. Por eso le coloqué a mi segunda hija Manuela, y su segundo nombre es Paz, en memoria de aquellos militares que murieron en el volcán Antuco, por la negligencia militar de un capitán y una institución genocida.

Con las protestas populares, que partieron el año 1983, siendo Lo Hermida uno de los bastiones de lucha contra la dictadura de Pinochet, nos llevó a formar una Coordinadora Social Territorial, donde estaban representadas todas las organizaciones sociales y políticas. Allí una de las iniciativas que nacieron fue formar Comités de Salud que apoyaban las protestas, dado que no existía apoyo de ningún tipo para auxiliar los heridos que dejaba la represión policial y militar. Recibimos formación de primeros auxilios por parte de profesionales médicos y enfermeras.

Como parte de la coordinación social y política de los territorios fuimos a apoyar la gran toma de la Zona Sur ubicada en las comunas de La Granja y La Cisterna en 1983, cuidando a los niños y niñas, mujeres embarazadas y a los viejitos y viejitas. Y participando en los Comité de Defensa de la Toma, ya que se esperaba un desalojo violento y masivo de los pobladores. Debimos enfrentar la invasión de varios cuerpos armados terrestres y aéreos (helicópteros), donde comandos bajaban disparando hacia los pobladores.

Paralelamente, participé en la comuna de Santiago en la formación de un Centro Cultural de Teatro en un local de la Vicaría, donde conocí a nuevos curas y seminaristas, ya que parte de la familia del Negro, mis abuelos y mis tías vivían allí, y además estudiaba en esa comuna. En esa Vicaría se hacía formación sindical a los trabajadores y desarrollábamos labores de edición de propaganda. En una Iglesia de esa Vicaría apoyamos una Olla común, la cual fue reprimida por las fuerzas policiales y de la CNI, quemando parte de ese lugar con las bombas que tiraron. Hicimos una defensa del lugar hasta cuando pudimos, replegándonos hacia poblaciones aledañas.

Durante mis estudios secundarios en el Liceo 7 de Niñas, en Santiago, fui perseguida por la CNI y posterior-



mente expulsada de ese establecimiento educacional, lo que me llevó a culminar mis estudios en la jornada nocturna. Luego, con 22 años, sufrí el secuestro, la tortura y detención por parte de 4 agentes de civiles que eran integrantes de la Dirección de Comunicaciones de Carabineros (DICOMCAR). El secuestro se perpetró cuando iba en una micro por Grecia al llegar a Macul. Los secuestradores, que se sentaron alrededor de donde yo estaba, me tomaron violentamente y me bajaron. En ese momento, comencé a gritar mi nombre y dirección, información que fue clave para que mi familia supiera mi paradero y denunciara el hecho. Los secuestradores me trasladaron a una Comisaría y después a algún lugar secreto, donde fui torturada e interrogada. Posteriormente, me llevaron a lo que actualmente se llama Centro Penitenciario San Joaquín, donde también fui golpeada.

Todo lo anterior me llevó a integrarme al Coordinador de Derechos Humanos de Peñalolén, a mediados de 1990, y posteriormente ser parte de la fundación de la Asamblea Permanente por los Derechos distrito 24 (Peñalolén – La Reina), el 8 de enero de 1991, que llevó adelante la creación de la campaña participativa por la recuperación de la Villa Grimaldi para convertirla en un Parque por la Paz (1990-1997).

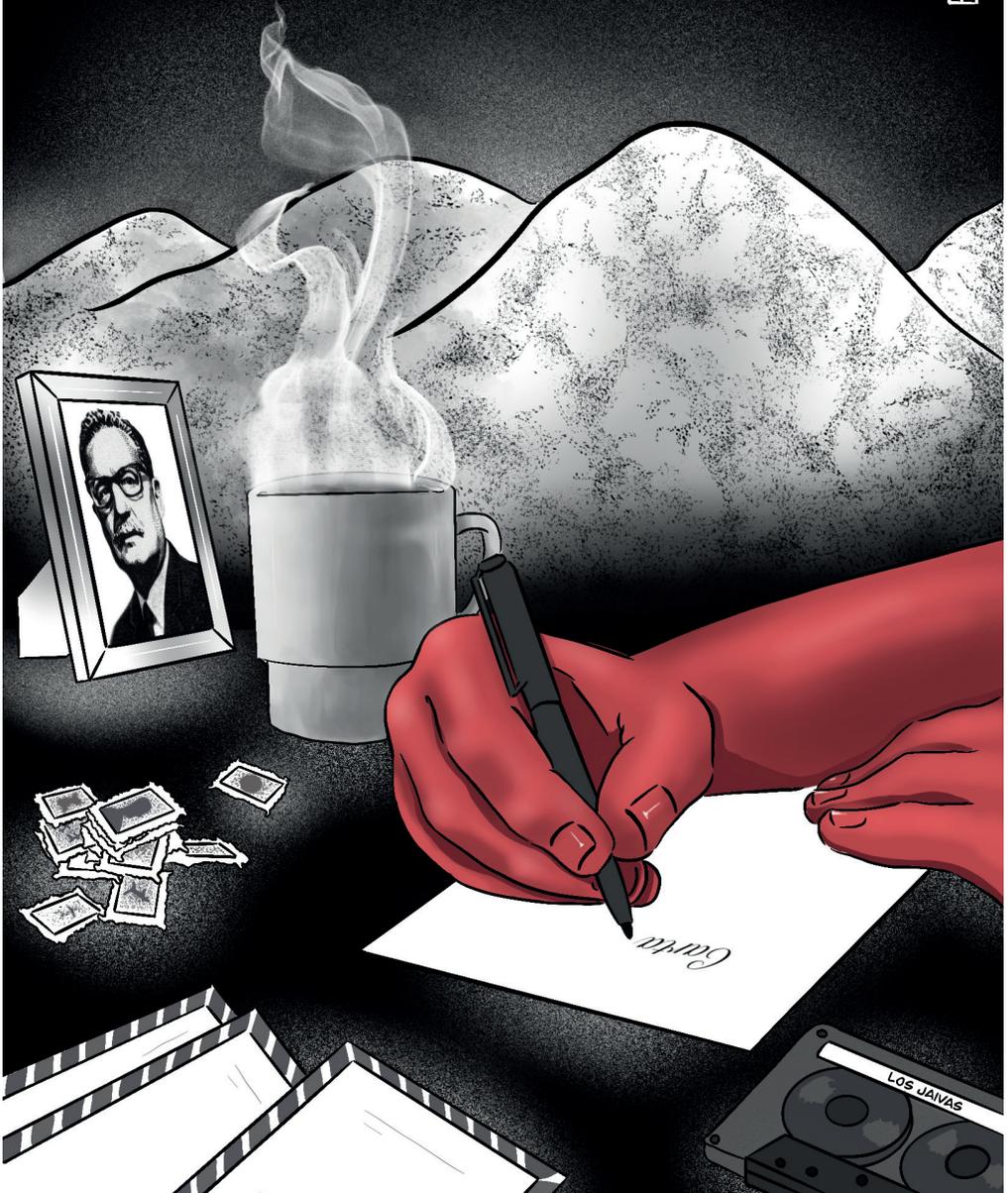


Carta a Salvador Allende

Aurora Posada De Gregorio



@CATAMIADA



Carta a Salvador Allende

Septiembre 1979
6 años después del golpe

Querido compañero Salvador:

Sin querer ser descortés, quiero confesarle que cuando lo conocí le tuve cierto temor... Lo escuchaba desde lejos hablando a los más pobres, refiriéndose a la clase trabajadora con respeto y agradecimiento, por ser la que más aportaba al país. Sin poner la atención merecida al contexto y sin quererlo, sus palabras se mezclaban con el canto de *los Jaivas*, *Leonardo Favio* y *Tormenta*, llamando mi atención su sencillez.

Comencé a escucharlo a través de las paredes de mi dormitorio y, poco a poco fui dejando la puerta entreabierta, para que usted, cautelosamente se acercara a mí y susurrara en mi oído, su canto de unidad, acortando de ese modo las distancias que existen entre un hombre maduro y una loca juventud.

Cada vez que me citaba a su lado más me seducía, y es así que cuando se convirtió en el presidente de los chilenos dejé mi *disfraz*, y a pesar de las calumnias y atropellos, me enamoró su firmeza para caminar junto a su pueblo.

Ya para ese entonces no había vuelta atrás, era una más que me sumaba a los miles de jóvenes, abrazando procesos y no-drogas, ideales y no-alcohol, amor y no-crímen.

Así, tremendamente enamorados nos reprimió el Golpe Militar Fascista. Así, eternamente enamorada me encuentro hoy fuera de mi patria, y escuchar su sabiduría me hace falta.



Inevitablemente y en más de una ocasión mis lágrimas humedecerán mis pechos, al recordar su último canto abrasador y fraterno, que, sacando gritos por la vida, nos llamó a no desfallecer.

Denunciando la traición y la deslealtad, antes del camino hacia la muerte, usted en pocas palabras les dijo: *Malditos traidores fascistas que seguramente, escucharán estas palabras, dirigidas a los hombres y mujeres de mi pueblo. Antes de silenciarme, les pregunto ¿Dónde estarán ustedes cuando se vuelva a reconstruir La Patria Libre y Soberana?*

Entonces, bien amado compañero Salvador, aquí me encuentro en mi otro dormitorio, a puerta cerrada, cautelosa y aún fuera de la patria, acariciando y tratando de guardar las emociones que ayer me calaron, y hoy sacuden constantemente mi conciencia. Como aquellas palabras confesadas en la Plaza de la Constitución: *ser joven y no tener ideas revolucionarias, es casi una contradicción biológica.*

Estas palabras declaradas hasta el cansancio, son obligación contraída con la historia a la que pertenezco.

Todavía sigo enamorada de su canto de justicia e igualdad. De una vida mejor para su pueblo. A pesar de que, a veces, la rutina duerme mis sentidos. A pesar de que solo puedo escucharlo en grabaciones, sigo sintiendo el amor nacido para vencer.

Una Joven Camarada



Carta al Hombre de
Las Tinieblas

Aurora Posada De Gregorio





Carta al Hombre de
Las Tinieblas

Septiembre de 1978

¿Entenderás las diez diferencias entre tú y yo?

Primera: Mientras tú aplastabas cigarrillos en mi pecho, a mí me escribían cartas de amor.

Segunda: Cuando a ti te crecían garras, mi madre recogía mis lágrimas.

Tercera: Mientras más golpeabas, más borraba yo los nombres que estúpidamente tú repetías.

Cuarta: Cuando envalentonado caías sobre mí, absurdamente creías tener todo bajo control.

Quinta: Desde la primera vez que te vi, noté ipso-facto lo psicópata y peligroso que eras. Sin embargo, tú nunca me miraste a los ojos.

Sexta: Probablemente olvidaste mi rostro, en cambio, yo recordaré el tuyo para que mis hijas sepan de dónde viene el mal.

Séptima: Mostrabas tu arrogancia de macho cabrío, cuando en realidad jamás te enteraste de quiénes y cuántos éramos.

Octava: Mis pesadillas arrastran tu nombre, en cambio, las tuyas serán denunciadas hasta la eternidad.

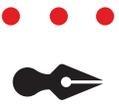
Novena: Nunca me arrepentí por haber nacido, como amenazabas, a diferencia de ti que serás condenado por todo el universo.

Décima y última: Yo poseo principios y tú sólo fin.

De una joven sobreviviente que arranca el horror de su corazón, para no quedar atrapada en el pasado.



Memorias Resistentes 



Haikus de la Revuelta

Kristel Farías Neira





Haikus de la Revuelta



Sobrevuelan helicópteros por encima de los techos.
Y levantan algo más que el polvo.

Montañas de fuego en las esquinas
Bailan al son del metal.

El nunca más, nunca fue.

No dejar que los perdigones vuelen ojos
Es señal de que avanzamos.

¿En qué se parece un gallo a una cacerola?
Ambos nos despiertan.

La olla que tanto raspamos
y que tanto cuesta llenar
suena fuerte.

Todos los cabros del pasaje
Salen a jugar con su rabia.





El sonido *del metal tranquilo de su voz*
En miles de cacerolas.

En la viña se hacen vinos
Los vecinos se la toman
Y el guanaco llena las copas.

Tres cristos crucificados
en la comisaría.

En Ictinos con Grecia, arde Troya.

Estudiantes de clase media
No asisten ni a media clase
No median ni un metro.

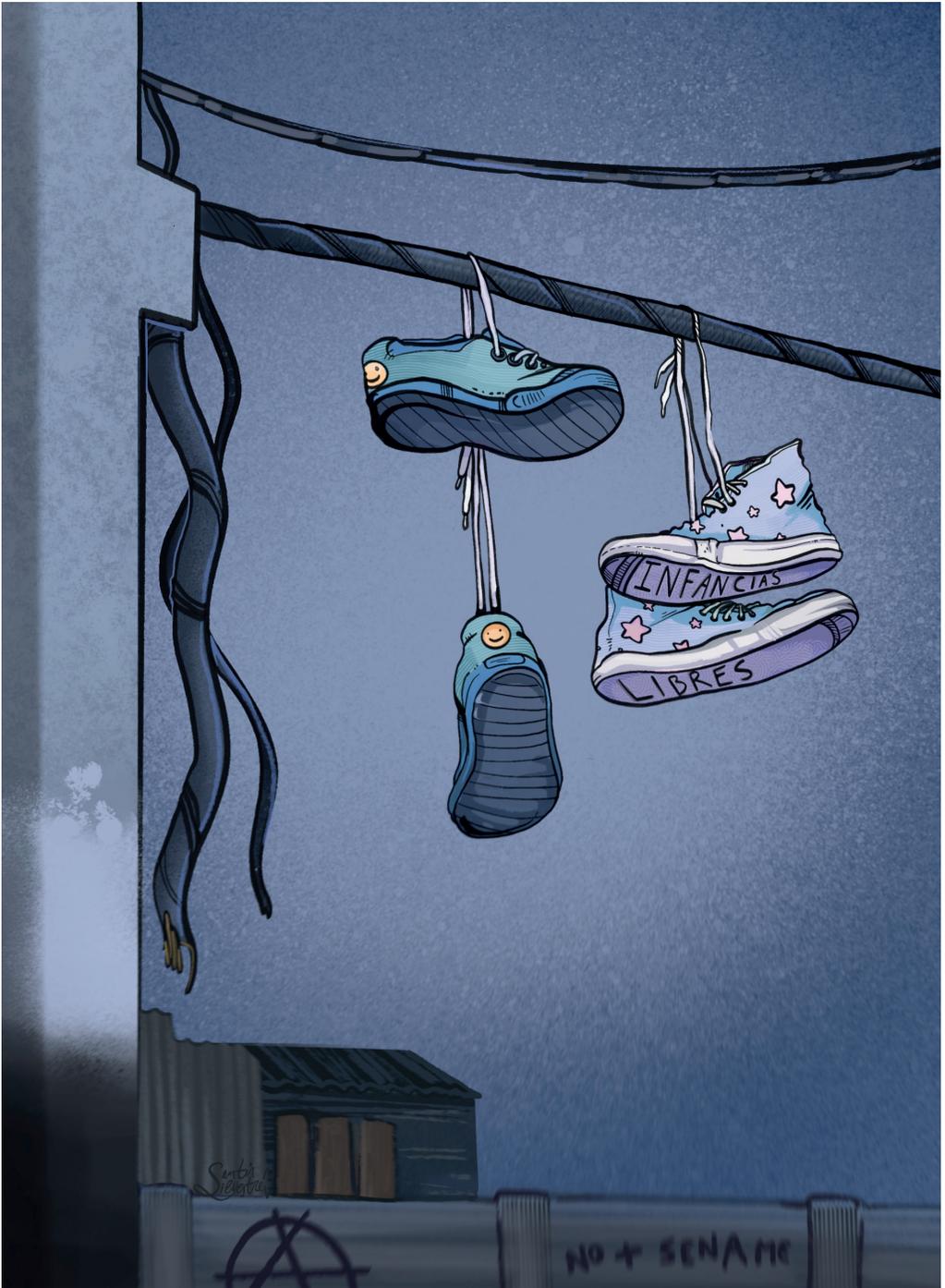
Los sueños por el suelo
y por el sueldo.



Error Parido

Kristel Farías Neira





Error Parido



Las ventanas de la Patria son tus ojos muertos
Y tu boca acallada ahoga el grito de tu aliento
Vienes arrojado a un país que no merece tu risa
Que abona su suelo infértil con tu sangre apenas tibia.

Respiras y con ello interrumpes la mentira de la escuela
Te alimentas y con ello estorbas en tu casa
Sobras y con ello incomodas a los jueces
Existes y con ello defalcas al Estado inútil.

¿Qué hacer con esta lacra parida en la pobreza?
¿Quién cuida a estos hijos de nuestro error parido?
¿Quién alimenta a estos pequeños parásitos del capital
que tan celosamente hemos acumulado?

Arrojemos al chiquillo sin nombre al Servicio Sin Nombre
Allí verán qué hacen con esa risa marginal
Pues maleza con maleza
Crece junta y periférica.



Así firman sentencia en tu expediente judicial
Deciden tu camino con los estómagos llenos
Y las manos llenas de robar
Y las bocas llenas de mentir.

Servicio lo llaman y lo sabemos purgatorio
El futuro de un país desperdiciado en una celda
El camino promisorio, violado y ultrajado
Y esa infancia es la basura de una calle sin salida.





Tu rostro, tus sueños, tus amores son dibujos
tallados con clavos en literas y baños insalubres.
Molestaste siempre y fuiste siempre un error
No debiste nacer y hasta tu muerte es un problema.

Se debate tu causa en infructuosos noticieros
Cuyos dueños son también tus verdugos
Tecnócratas y especialistas bien pagados
Para vender la mentira de tu silencio injusto.

Hacen beber tu sangre al último funcionario
Del último contrato, del último sueldo mínimo.
Mas sabemos, sin embargo y no nos engañan
Que la Patria que te pare es la Patria que te asesina.



Estado Abisal

Verónica Pinto Cisterna





@CATAMIADA

Estado Abisal

Una vez al alba le dije a un amante
que fui muerta dos veces
la primera a los 14 y la segunda a los 18
primero Pedro, mi padre
segundo Sebastián, mi primer “gran amor”.

Estuve lejos, muy lejos
en el fondo marino
donde no llega luz
el oxígeno es escaso
y todo parece prehistórico
monstruoso
grotesco
hostil.

En la zona abisal
me hallé sin embargo
sobreviviendo
haciendo lo que sabía hacer
adaptarme
y pese a toda oscuridad
recordaba la luz
porque ella estaba todavía en mí
como una flama en mi pecho
una bioluminiscencia
que era memoria
cuerpo
fuego y
calor.

Estuve allí por mucho tiempo
largos años
apenas existiendo
padeciendo las heridas
del patriarcal deseo
que me hizo morir
no una, sino dos
dos veces.



Un día mis ojos innecesarios para el abismo oscuro
se abrieron ante un inesperado rayo de sol
que atravesó kilómetros de historia
clarito me dijo:

ven
es tiempo ya de subir.

Mis pulmones se activaron
y clamaron aire
movida por la asfixia nadé con todas mis fuerzas
lo deseaba tanto
r e s p i r a r
colmarme de libertad
observar
sentir
sanar
amar
de pronto lo quería todo
sentí hambre
deseé
y por primera vez añoré.

Un gemido rompió la eterna apnea
la felicidad se volvió sal
nadé hacia tierra firme
y en mi rostro
una sonrisa inmensa
eterna.

Con los yuyos urdí y tejí una bandera
que colgué entre los árboles del bosque
hablé y reconocí mi voz
me pareció hermosa
lloré en voz alta
grité por primera vez

Soy mujer, dueña de este territorio
he nacido otra vez



Volver a los 17

Lucrecia Brito Vásquez





Traisie Audrey

Volver a los 17



Hace varios años jubilé, y como la palabra proviene de júbilo me propuse plasmarlo en mañanas de sueños colectivos, cuidados y reparaciones. Llegué a Playa Ancha y su hermosa mar las Torpederas. El ver ese espacio celeste y respirar un aire más puro eran un gran avance. Contemplé la bahía, la suciedad en la arena, las destartaladas escaleras y sus ruinas del costado poniente. Vi las familias compartiendo y los que bajaban jubilosos del cerro. A pesar de todo, este sitio de todos es el parque azul, la única entretención de una población que sufre una de las cifras más altas de cesantía.

Aquí hay un desafío, me dije, aportar al territorio, reclamar a quienes corresponda por la restauración de este patrimonio natural. Me puse a investigar sobre su historia y con una amiga imaginamos que las antiguas piscinas podrían recobrar vida, que limpiaríamos el lugar. Me puse a buscar aliados y un amigo de mi hijo me planteó que fuera a la UPLA, allí empezamos a conocer algunas organizaciones y presentamos la idea; hicimos junto a Matías, Joan y algunos-as vecinas, afiches y la primera limpieza de playa. En Vinculación con el Medio nos invitaron a postular a un proceso de incubación de organizaciones y presentar un proyecto.

Para nuestra alegría, dos organizaciones salimos bien evaluadas y tuvimos un apoyo que nos permitió comprar elementos como guantes, bolsas. Hicimos un concurso de Cuentos Cortos de Playa Ancha y nos vinculamos con la Escuela Pacífico a través de una asociada que había sido directora de esa institución, allí conocimos a Nubia, profesora encargada de la brigada medioambiental, y empezamos una labor de limpiezas del borde costero.





Paralelo a ese proceso fui haciendo amigos en las otras organizaciones que trabajaban diversos temas del lugar, ellos conformaban la MTD, que significa Mesa Territorial de Playa Ancha. Hacíamos ferias, conversatorios, recorridos patrimoniales; resurgiendo allí el tema de los derechos humanos.

Al reconocer la geografía del lugar empecé a hacer memoria, me acordé que varias de mis compañeras habían estado en el Regimiento Maipo y que luego las habían trasladado en un camión frigorífico hasta Villa Grimaldi. Algunas no vieron más a sus compañeros. Me puse a investigar en el sitio Memoria Viva y descubrí que este lugar estaba impregnado de dolor. Por continuar con un ejemplo, por el Estadio Elías Figueroa pasaron más de tres mil detenidos. Solo hace tres años los ex presos políticos lograron colocar una placa.

Comencé a hablar con otros dirigentes sobre la necesidad de rescatar e incorporar al patrimonio este hito de la historia y la memoria, les expliqué que era sanador y organicé un viaje con los que quisiesen ir al Parque por la Paz de Villa Grimaldi, ex Cuartel Terranova.

Pero en fin, continuaba junto al resto de la organización tejiendo redes de sueños y construcción de sitios públicos dignos. Hicimos campañas de firmas, trámites administrativos y agendamos múltiples entrevistas con las autoridades para que hubiese arreglos en la playa, nos llamamos Salvemos las Torpederas y el Patrimonio del Borde Costero. Una de las tareas del primer proyecto era convertirse en Asociación y de esta manera obtener apoyos que nos permitiesen seguir con las campañas medioambientales y limpiezas. Con la ayuda de nuevas sabias, asociadas y gestoras culturales, se realizaron dos murales con las escuelas y los vecinos. Fui presidenta por más de seis años de la organización y al terminar el man-



dato legal pedí no ser reelegida. Hoy sigo participando en la comisión medioambiental, y queremos rescatar la playa aledaña, la Carvallo. Paralelo a ello, me encanta nadar mar adentro, voy cuatro veces por semana y disfruto de este paisaje mágico. Actualmente estoy empeñada en hacer material didáctico para una ruta que incluya los derechos humanos, que destape un silencio malsano que aún no repara a quienes fueron atropellados en sus derechos fundamentales.

Tengo sesenta y siete años, pero volví a una vida de comunidad y servicio que inicié como a los diecisiete.



Ex PP de Villa Grimaldi, Cuatro,
Tres Álamos y Pirque desde donde salí con
mi hijo de 4 meses Alejandro Cuadra Brito.



Memorias Resistentes 



Carta Póstuma

Mónica Urrutia Fischer





Carta Póstuma

Santiago, 11 de septiembre

Señor
Salvador Allende
PRESENTE

A tantos años de aquella mañana en la que usted respondió con su vida al insolente pedido de rendición por parte de aquellos que tan bien denominó traidores y rastreros, le escribo esta carta.

No quiero, aunque motivos no falten, que el lamento se me escape. Hemos lavado una y otra vez las calles de Santiago con lágrimas que estallaron en mar, su sal, tal vez secó nuestros ojos, pero no la mirada.

Escucho sus últimas palabras cada primavera que comienza, en ese que usted llamó “momento definitivo”, y mi asombro es el mismo siempre; en esa hora finita, le roba usted un instante a la muerte y nos envía su legado de esperanza simbolizado en semillas y alamedas abiertas.

Pero... presidente Allende, yo le quiero contar hoy que algo ocurrió en la siembra, somos muchos aún, que perplejos, no podemos reconocer los frutos, nos parecen ajenos. Usted, testigo en el más allá o en el más acá, sabe que todos los herederos de su palabra, dimos lo mejor de cada uno y de cada una para recuperar lo robado y festejar bajo el mismo sol la cosecha. Y morimos y luchamos, más tarde creímos en ese arcoíris anunciado que confirmaría su último mensaje.

Don Salvador, no alcanzo a precisar cómo, cuándo o el momento en que un huracán enrarecido se apoderó de los campos, avanzando hasta la ciudad y cegó conciencias, estrechó caminos, arrancó utopías. Muchos, lo mantengo,



aunque los que ensordecieron hablen de minorías, pudimos esquivar el fenómeno y corrimos hacia los cerros; más de algo se nos perdió en la carrera, sin embargo, llegamos enteros a las cimas. Luego, por distintos caminos bajamos lento, pero con los sueños intactos, extraños y de algún modo marginados en el nuevo paisaje. Somos nosotros, hombres y mujeres de todas las edades, a veces cansados, a veces llenos de impotencia, pero porfiadamente de pie. Y, presidente Allende, esa mirada adulta, joven, que no secó la sal del llanto, está puesta en aquellas grandes alamedas que, algún día, abriremos definitivamente.

Con el aprecio y respeto de siempre se despide de usted

Una Mujer

P.D.

Olvidé contarle que la Cordillera de los Andes está allí, majestuosa como siempre e intocable, y su nombre no ha sido alterado.



De un día para otro

Mónica Urrutia Fischer





De un día para otro

•

Era primavera ¿o aún no? septiembre, sí, eso es, y de un día para otro la ciudad quedó a oscuras. Estuve ausente ¿un mes?, ¿un año? Alguien me trajo de vuelta a casa en un auto blanco, me dejó tirado en la acera. Cuando pude levantarme la recordé, estaba allí, empujé su puerta, estaba vacía de gente pero llena de cucarachas, el piso se ondulaba. Sentí miedo, a saltos llegué a la cama para no pisarlas. Me acosté. Tenía hambre. En algún momento golpearon a la puerta, debo haberla dejado abierta porque entró un hombre. Pasó por encima de los bichos sin verlos y se sentó en el borde del colchón. Hola, me dijo, entonces lo reconocí, más por la voz que por otra cosa, mi oído es agudo ahora. ¿Cómo estás? preguntó. Parece que bien, le respondí, pero me molesta esta oscuridad y los bichos. Comprendí que no veía lo mismo que yo. Entonces no quise contarle de las voces, me sentí distinto, aislado. Tomó mis manos con apuro, nervioso, como queriendo largarse luego. *En la cocina te dejé algo de comida; pronto pasará todo, ya verás.* Yo asentí, quizás por pudor o por lo cansado de tanto insomnio. Entonces se fue, me dijo que en cuanto pudiera volvería. No lo hizo.

•
•
•

Hoy, con las manos dormidas y los ojos abiertos mi mente escucha. Las voces violentan mis oídos, los tengo hartos de informaciones contradictorias. Yo sé que alguna vez fui, debo creerles, no puede existir una mentira tan larga. Incluso, tengo síntomas de ser, aunque permanezca suspendido en un do interminable en el pentagrama. El síntoma más fuerte es que sigo esperando la primavera. Pero no salgo, si lo hago vuelven los insectos. A veces, me abrumba no ser lo que dicen que fui, me gustaría serlo. Pero ¿y si desde entonces ya estaban todos ciegos? Me lleno de dudas. Tal vez esté perdido o escondido en un

• • •



secreto no revelado. Muevo las manos para despertarlas, cierro los ojos, me levanto, camino hacia el baño. Abro los ojos, me paro frente al espejo, pestañeo, pero este me devuelve una y otra vez el reflejo de la cortina azul, cerrada.





Una foto del mundo
que soñamos

Nubia Becker Eguiluz





Una foto del mundo que soñamos

Buscando en el baúl de los recuerdos algo que gatillara un momento especial de mi existencia, encontré una foto. Vi en ella a una mujer joven riendo a todo el ancho de su cara, con el pelo desparramado sobre sus hombros, vestida de polera blanca y blue jeans. Su brazo izquierdo se enlazaba con un joven esbelto, también de pelo largo, bigote y patillas. En el brazo derecho extendido hacia lo alto portaba una bandera roja y negra. Al fondo se vislumbraba una multitud. La foto agolpó mis recuerdos de tal manera que decidí escribirlos en una carta para mis hijos, puesto que sobre ellos durante tantos años reinó el silencio:

Ahora que no sangra tanto la herida, cuando ni siquiera vislumbro el final de ese camino, y mirando la foto que expresa toda la alegría que inundaba nuestra época, puedo contarles algo sobre esa suerte de sueño traído por un huracán tras el cual partimos tantos. Quiero que sepan de aquellos sucesos extraordinarios que me hicieron partir dejando tantas otras cosas valiosas tras de mí. Debo explicarles las circunstancias que nos rodeaban para que puedan comprender lo que nos pasaba: en ese tiempo todo bullía. Fue el pick de la juventud y, según las proyecciones demográficas actuales, nunca más habrá una concentración tan grande de jóvenes respecto de la población global del país, así como la de obreros, campesinos y empleados que estaban en su apogeo. En esa multitud existía la conciencia de que había llegado la hora de los cambios y como una fuerza social pujante apuntaba en esa dirección. En este marco de efervescencia creciente es más fácil entender la pasión por la política y la mística con la que entrábamos a los Partidos; porque



era en la militancia donde encontrábamos la identidad que, acorde con las ideas, los objetivos y un quehacer que nos realizaba, nos dotaba de la dignidad y del sentido de pertenencia en este mundo. En ese espacio, uno buscaba cambiar el orden de las cosas que nos herían: la injusticia, la arrogancia de los poderosos con esa forma de pensar juzgadora y retrógrada que flotaba en el aire que nos maniataba sin dejarnos ser jóvenes y volar. A causa de ello, renegábamos con ardor de las viejas costumbres y de las creencias que nos limitaban y que oprimían nuestra libertad, pero que azuzaban a la vez nuestros deseos vehementes de cambiar la vida.

Con todo el activismo frenético que no paraba, éramos una juventud esforzada y estudiosa. Para nosotros, el estudio era la vía de la superación y el ascenso social. También éramos hipercríticos de la sociedad en que vivíamos, y contestatarios documentados que devorábamos los libros de los brillantes teóricos de esos tiempos, empezando por Marx y Lenin, Poulantzas, Marcuse, Gramsci. Y, por cierto, leíamos a los teóricos de la dependencia: Darcy Ribeiro, la Vania Vambirra, Ruy Mauro Marini. Herederos del racionalismo como éramos, buscábamos en los libros y en los intelectuales la manera de analizar a cabalidad la realidad con el fin de encontrar un camino certero para cambiarla. En ese territorio que esperábamos conquistar, pujábamos por construir los valores del hombre nuevo que harían posibles relaciones humanas más solidarias y más esplendorosa la vida.

Después, en el largo tiempo de prisión y de exilio, fui comprendiendo que en el fragor de esta santa cruzada por hacer parir lo nuevo no logramos, a veces, discernir en toda su compleja dimensión lo que era propio y válido del mundo de donde veníamos, de aquello que ineludiblemente tenía que cambiar. Tal vez no pudo ser de otra



manera. En ese tiempo todo estaba en cuestión. Cuando digo todo, es que estábamos remecidos hasta las raíces.

Confieso que no logré en ese proceso de tal encantamiento separar del todo una cosa de la otra: del falseamiento de la realidad por parte de la derecha, del conservadurismo retrógrado de las elites privilegiadas, del burocratismo estatal, y de las instituciones añejas que la cobijan, de lo otro, del ancho mundo de los afectos y valores propios, donde en parte estaba lo que buscábamos con tanta fuerza. Por ir tras el ideal desechamos muchas cosas que, sin ser perfectas, eran parte de nuestra vida y sustento también de los cambios que queríamos. Encandilados en esa especie de santa enajenación, que ya alguna vez atacó a otros cruzados, candorosamente nos fuimos vaciando de nuestro pasado. Tal vez quedamos encerrados en el campo de las ideas. Y en el frenesí de la actividad no hubo tiempo para rectificar. No hubo lugar a que fluyera el chorro de ternura, empapados en tanta furia justiciera. Porque era solo eso: furia justiciera. No, no éramos violentos. No podíamos serlo, porque aun cuando nos pesaba, éramos misericordiosos. Todo lo hicimos a costa de nosotros mismos, de nuestra propia vida. Y, personalmente, los sacrifiqué a ustedes, a los que más amaba, con una larga ausencia.

Debo decirles que no me arrepiento de lo que creo ni de la causa por la que lucho, pero me pesa el haberlos dejado. Sin embargo, mirando esta foto tan llena de vida, desearía que, si algún día llegase la oportunidad de tomar el cielo con las manos, ustedes estuvieran allí para lograrlo.



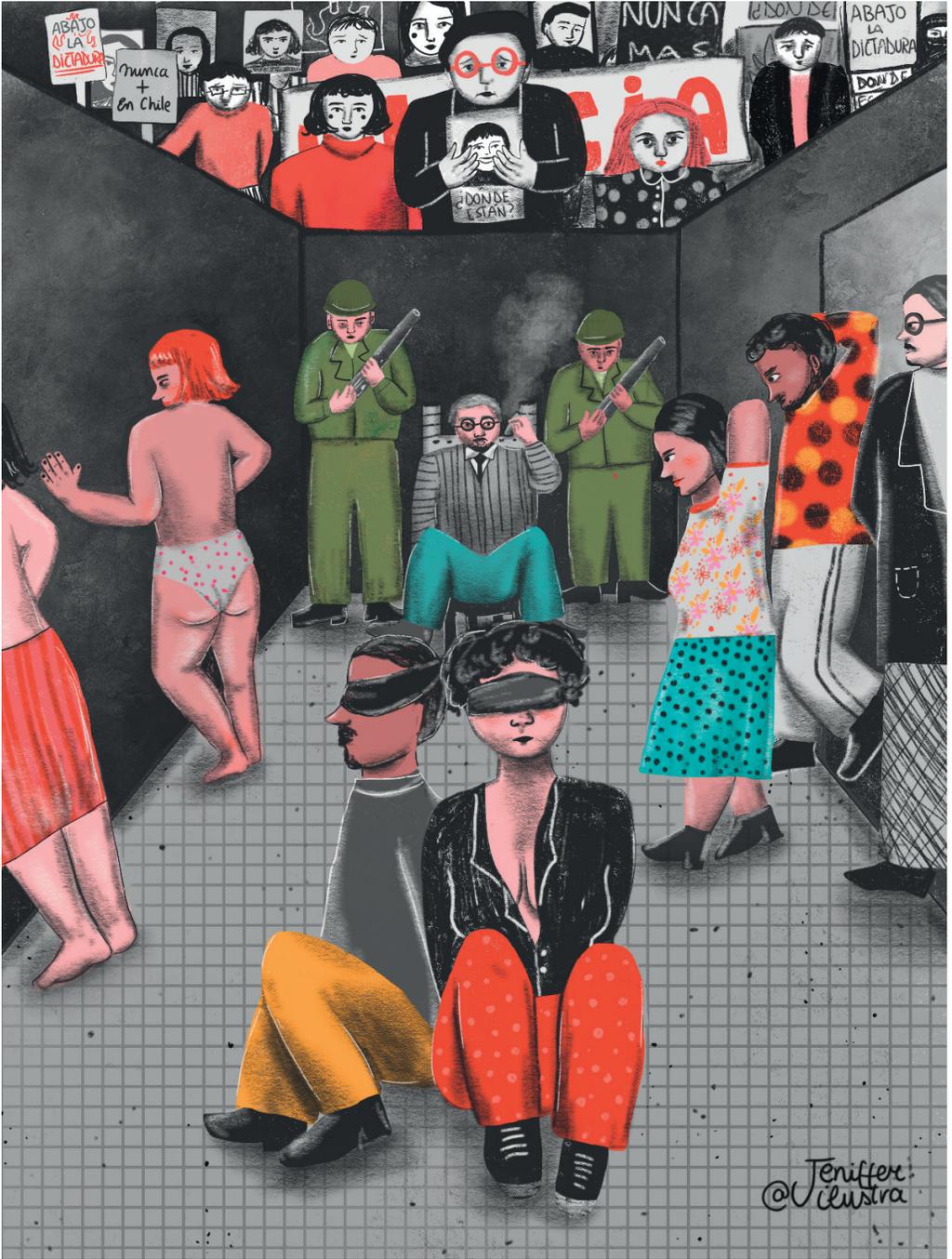
Memorias Resistentes 



Laboratorio capital

Tatyana Cumsille Vargas





El olor a cigarros
parafina y humedad
este olor a desvelo
me recuerda
el amor de izquierda
en ciudad bajo amenaza
cuando la dictadura
la necesidad de abrazarse
cuando el miedo
la necesidad de ser sencillos
y valientes, compañeros.
Las canciones revolucionarias
de ahora
me recuerdan las de antes
y las de antes de antes, camaradas.
Cuando están a punto de comenzar
las nuevas revoluciones
la del petróleo
y los tratados de libre comercio
que le ponen precio a nuestro pan
y nuestra alma
y nos mandan a todos
al laboratorio capital
para saber hasta cuánto
somos capaces de aguantar
compañeros.



Memorias Resistentes 



Esperanza

Tatyana Cumsille Vargas





Esperanza



Juana abandonó a su hijo
porque no tenía esperanza.

María mató a su marido
porque no tenía esperanza.

Rosario se tiró al metro
porque no tenía esperanza.

Alejandra traficaba drogas en su cuerpo
porque no tenía esperanza.

Amal hizo explotar su cuerpo en el centro de Tel-Aviv
porque no tenía esperanza.

John acribilló a sus compañeros de colegio
porque no tenía esperanza.

Andrea dejó de comer
porque no tenía esperanza.



Arturo voló desde un edificio
porque no tenía esperanza.

Iván se inmoló en la gran plaza roja
porque no tenía esperanza.

Piedad se fue a morir a Juárez
porque no tenía esperanza.

Alberto cruzó un mar
Antonio cruzó un río.
Yamilo dejó todo
porque no tenía esperanza.

A lo lejos
una llama alumbra
esperando su regreso.



Memorias Resistentes 



Mujer

María Alejandra Zurita





Mujer



Mujer
mi dulce guerrillera
buscando tiempos mejores
tus manos humildes creen en la igualdad
luchas por mantenerla viva

Eres generosa como estas tierras
que prometen libertad y amor

Tu fuerza ante tiempos tercos
inviernos desolados que vienen de visita
hogares humildes que se apagan lento
trapos oscuros
aguaceros cansados
vienen y van
pero tú sigues de pie



Eres la fuerza natural de un ciclón
majestuosa como la cordillera
fértil de sombras, hectáreas y semillas.
guardas en tu vientre primaveras y frutos

Y así
va naciendo la lucha de nuestros pueblos
oprimidos, torturados y heridos.
que te dan por nombre
esperanza fuerza y libertad.



Memorias Resistentes 



La Clarita

Thannya Rozas González





La Clarita

Se vivían aires vastos de dolor en toda la nación, pero estas palabras se concentrarán solo en el corazón precordillerano. A lo lejos se podía apreciar a los militares con su armamento, su indolencia era lo bastante suficiente para pintar de rojo los campos pircanos.

Clarita vio ante sus ojos cómo todo el sector de la orilla del río era una carnicería bestial, de sangre tiñeron las chozas de sus vecinos, a las madres con sus hijos las transportaban en un camión descomunal, mientras que sus maridos acababan brutalmente asesinados. La jovencita vio a sus padres, vecinos y campesinos bañados de balas, pero ese era solo el principio; así sintió de un instante a otro que se quebraba su alma inocente.

En ese desdichado lapso aparece un soldado que se hacía pasar de civil, se le acercó amablemente y le recomendó a Clarita que si paraba de gimotear la iba a llevar al río con el fin de protegerla de los militares. Ella secó sus lágrimas, accedió y fue con ese especioso hombre al lugar prometido. Clarita en ningún momento sospechó de él y ciegamente confió en la voluntad del soldado.

Llegaron a los espaciosos barrancos para descender hacia las rocas del río. Clarita, al contemplar un río oscuro y torrencial se entristeció por su aspecto; según ella, el río era un mensajero que hacía entrega de las lágrimas de sus cercanos ya difuntos por la matanza. El falso hombre estaba detrás de ella, se lo podía ver oyendo la compasión de la niña pidiendo tregua a esas almas desoladas, pero él sin inquietud esperaba solo asolar el destino de Clarita: por el dorso le disparó y su cuerpo cayó al vacío de las aguas.

Luego de unos minutos, las aguas tenebrosas y descomedidas comenzaron a apaciguarse, colocándose más



puras, transparentes y claras. Este nuevo río se estaba extendiendo en todas las direcciones. El soldado quedó tan atónito por la vertiginosa candidez de las aguas que se acercó a ver su reflejo y lo que vio fue un espantoso monstruo alojado en su rostro, en medio del susto no podía entender su retrato. La cólera lo devoraba, el llanto era incontrolable y la marca de la culpa fueron sus síntomas. El sufrimiento del soldado era tan excesivo que acabó con su vida, impactando su cabeza con su arma de fuego.

Tiempo después de la tragedia de Clarita, del río empezaron las flores a brotar, los árboles de diversas especies a proliferar; como el peumo, el quillay, el espino, el litre, el lingue, el canelo y naranjillo. Además, se dieron a conocer especies de fauna de otros territorios del centro sur del país. Estos animales gozaban con la plenitud de un niño, la tierra era más húmeda y agradable al tacto. Su agua era de un celeste transparente y cada vez era más resplandeciente.

Cuenta la leyenda que cualquiera que tuviese la intención de profanar y destruir el río estando dentro del terreno, solo con tal de ver su reflejo en el agua terminaba de existir por su propia voluntad.

Pasaron diez años de ese acontecimiento, el cuerpo de la niña nunca más se volvió a ver y los empresarios cedieron en la idea de privatizar las aguas del río, por el temor a que la leyenda causara efecto en ellos. Hasta que un día un grupo de ambientalistas quedaron hechizados con el paisaje del río, y gracias a una vecina del lugar conocieron la historia de Clarita. Entonces les surgió el proyecto de convertirlo en una reserva para garantizar su resguardo y conservación.

En vez de colocar a la reserva el nombre de la niña Clarita, en prevalencia hacia su legado, llamaron al lugar

“Reserva Río Clarillo” para evitar las controversias con el régimen militar, y unas décadas más tarde fue declarado Reserva Nacional. Actualmente los pircanos le llaman a este lugar “El Clarillo”, y muy poco se sabe por qué el agua de río Clarillo tiene este color tan particular que humedece de serenidad a los pircanos.



Memorias Resistentes 



Dolores Invisibles

Marcia Scantlebury Elizalde





Dolores Invisibles



Jamás olvidaré ese borrascoso atardecer del 3 de junio de 1975. Ni el chirrido de la enorme puerta de hierro barriendo esa tierra maldita. Apenas un par de horas antes me encontraba ayudando a mis hijos a hacer sus tareas escolares, cuando una patrulla de la policía política irrumpió violentamente en mi casa y me conminó a dar “un corto paseo para aclarar algunas cosas”. Uno de mis captores me cubrió los ojos con esparadrapo y un par de anteojos para el sol. Luego, la camioneta de vidrios polarizados inició una enloquecida carrera que concluyó frente a un recinto que, deduje, por el declive del terreno y el frío implacable, estaba ubicado al pie de la cordillera.

Las manos ásperas del conductor me empujaron con violencia fuera del vehículo. Atravesé a tientas el umbral del portón y me quedé parada, tiritando de miedo ante un paisaje invisible, tratando de entender los misteriosos sonidos que contiene el silencio. El viento helado penetraba sin piedad el delgado cuero de mis botas cuando empecé a escuchar, como en un macabro concierto, gemidos intermitentes, llantos ahogados y un escalofriante y prolongado alarido. “Serán animales”, quise pensar. Miré al suelo por una ranura de la venda que me cubría los ojos y divisé las bellas baldosas italianas. En ese instante comprendí que había llegado a la antesala del infierno. Estaba en la Villa Grimaldi, el centro secreto de torturas más famoso de Chile. Una mujer me tomó de la mano y me condujo con inusitada gentileza hacia un recinto lateral. Allí, sin más preámbulos, comenzó a desnudarme con rapidez y malos modos, mientras otra con voz de tediosa rutina iniciaba el inventario de mis pertenencias. “Tres billetes, una cadena con una cruz de plata, un pañuelo para





la cabeza, medio paquete de cigarrillos, un encendedor, una agenda para direcciones”.

Cuando abandoné la Villa, al cabo de 23 largos días, yo era otra persona. Los implacables y sádicos interrogatorios y las largas sesiones de tortura en que me aplicaban electricidad me hacían sentirme sucia y humillada. Antes de esta experiencia el odio había sido para mí un concepto intelectual. Sin embargo, allí conocí la perversa amplitud de este sentimiento viscoso que se quedó agazapado bajo mi piel. En los sórdidos pasillos de la Villa aprendí a distinguir las sombras de las víctimas, las voces de los guardias y los frenazos de los vehículos que descargaban su siniestro botín de maltratados seres humanos en el patio.

Después fui trasladada a Cuatro Álamos, otro recinto secreto para presos incomunicados a cargo de un teniente psicópata que abusaba sexualmente de las detenidas y nos sometía a absurdas sesiones de hipnosis y detectores de mentiras. Tres o cuatro compartíamos cada habitación y no se nos permitía siquiera tomar una ducha. Nos llevaban al baño una vez al día dejando la puerta abierta para que no escapásemos al humillante y morboso escrutinio de los vigilantes.

En las tardes antes de dormir, solíamos cantar y desparramar nombres, historias, sueños y deseos. Aunque el aquí y el ahora fuesen inciertos, nos empeñábamos en inventar futuro y, con porfiado optimismo, nos preparábamos para ser libres. La clave era no desmoralizarnos, no darnos por vencidas. Sin embargo, a veces la desesperanza nos destrozaba el alma y nos deslizábamos sin frenos en un ánimo oscuro. Nos atormentaba el recuerdo de los que nunca llegaron a esta otra orilla. Y memorizábamos los nombres, fechas y plegarias que en el recinto de incomunicados de Cuatro Álamos consignaban sus desola-

dos testimonios. Los de los hombres eran más precisos e informativos: “Soy de Temuco. Permanecí en esta celda entre el 13 de abril y el 2 de junio de 1974”. Entregaban nombres, edades y profesiones. Los de las mujeres dejaban constancia de sus existencias o testimonio de sus tristezas: “He vivido 16 días de horror, avisen a mi madre. Cecilia.” “Aquí estoy Dios. ¿Existes? Blanca”. Sabíamos que Cuatro Álamos era sólo un perverso recodo del camino. Allí nadie se detenía demasiado tiempo. ¿Estaría el preso de abril de vuelta en Temuco? ¿Dónde habría concluido la pesadilla de Cecilia? ¿Se habría acordado Dios de Blanca?

En los días más negros, cuando de celda en celda se propagaban rumores sangrientos, era difícil detener los atropellados latidos del corazón. Yo me asomaba a la pequeña ventana de mi cuarto y permanecía largos minutos en silencio, persiguiendo la ruta de la alambrada en la muralla e imaginando los colores de los paisajes libres.

Después de haber sido huésped de la Grimaldi y de Cuatro Álamos, las miserables condiciones de vida que ofrecían los campos de concentración de Pirque y de Tres Álamos donde ya se nos reconocía como presas y se nos permitía tener visitas una vez a la semana, nos parecían las de un verdadero paraíso. En estos lugares conviví con otras 130 o 140 reclusas: unas cuantas habían sido detenidas por ayudar a escapar o a esconderse a algún amigo o familiar y el resto, porque, como yo, formaban parte de la resistencia a la dictadura. En las cárceles secretas del régimen, muchas fuimos torturadas con ferocidad y otras, violadas. La gran mayoría soportó estos tormentos con coraje y dignidad. Apretando labios y dientes nos negamos a entregar nombres o a denunciar el paradero de quiénes eran buscados por la policía.

Las condiciones de hacinamiento en que vivimos y



sobrevivimos a esta pesadilla no nos desanimaron. Organizamos talleres de zapatería, costura, bordado, artesanía y periodismo. Cantábamos, distribuíamos tareas, discutíamos sobre el sentido de nuestro compromiso y aprovechamos esa dramática situación para analizar en forma crítica la posición de las mujeres al interior de las organizaciones sociales y políticas. De los familiares aceptábamos sólo los alimentos indispensables para reforzarnos física y moralmente. Así, el día de visita ellos traían remedios, verduras, cigarrillos y materias primas para los talleres consistentes en monedas, gomas de neumáticos, papel y retazos de género. Todo pasaba de inmediato a un fondo común que distribuíamos entre todas en forma equitativa.

A las seis de la mañana comenzaban los trabajos forzados. Luego nos integrábamos a los talleres y, antes del almuerzo, hacíamos un poco de gimnasia. Al atardecer nos juntábamos para cantar o conversar en las puertas de los barracones y elaborábamos rigurosos informes que nos ingeniábamos para hacer salir clandestinamente del recinto. Estos contenían los aportes de las recién llegadas con las características y datos de los torturadores y prisioneros que habíamos logrado identificar o de los que habíamos tenido noticias en las cárceles secretas. Creíamos que este material sería valioso para ubicar a los desaparecidos y hacer justicia en el futuro.

Al cabo de algún tiempo tuve el privilegio de ser elegida para formar parte del Consejo que representaba a las presas ante la dirección del campamento. Poco antes de salir en libertad fui devuelta a la Villa Grimaldi, donde se repitieron las sesiones de tortura con golpes y electricidad. Después de haber sido amenazada verbalmente con la pena de muerte o Consejo de Guerra por mis carceleros, quedé retenida por Ley de Seguridad Interior del Estado.



Es decir, en calidad de persona “potencialmente peligrosa”. Finalmente, por obra y gracia de una amnistía otorgada por la dictadura fui dejada en libertad “sin cargos” en mi contra.

El mío es una parte del testimonio de una presa política que tuvo la suerte de sobrevivir en un país sitiado por el terror y enfermo de miedo. Diana, Carmen o Muriel jamás alcanzaron la libertad porque fueron desaparecidas y asesinadas. Otras traspasaron las rejas, pero después se quitaron la vida porque no soportaron el desdén ambiental. Fui sólo una de las miles de mujeres militantes y víctimas de la represión en el tiempo oscuro de la tiranía y estoy convencida de que los pueblos construyen su memoria desde el reconocimiento de lo vivido. Porque, como dijo la periodista española Rosa Montero: “Hay una historia que no está en la historia y que solo se puede rescatar aguzando el oído y escuchando los susurros de las mujeres”.





COLOFÓN



Este libro se terminó de imprimir en noviembre del año 2021, en la imprenta Comygraf, Santiago de Chile, en papel bond blanco 105 gramos. Las tipografías utilizadas fueron Didot en sus variantes regular, italic y bold, y Cutive mono.





Memorias
Resistentes

